

hombres, le parecieron superiores á los de Persépolis. Sintió el aguijon de la envidia contra los soberanos incógnitos de aquellos misteriosos edificios. « Es « decir que han degenerado los mortales, exclamó, ó « han vegetado las piedras arrancadas de las canteras! » Los monumentos de Samarcanda le parecían mezquinos comparados á los de Baalbeck y á las ruinas de Palmira.

Su vanguardia tocaba ya , despues de haber atravesado el Ante-Líbano, en la llanura de Damasco, parecida á una Tartaria regada, arbolada y fertil. Contemplóla con placer desde lo alto de las colinas que le servian de cintura por la parte del Norte. El ejército egipcio entraba aterrado otra vez dentro de las puertas.

No hubo jamás ciudad mas propia para ser mirada desde una eminencia, y para tentar la ambicion de un conquistador. Cercada de verdes jardines, cuyos alberchigos cubren el suelo con su dorado fruto, al paso que siete rios bañan los prados á corta distancia de las montañas del Ante-Líbano, que sirven por un lado de sombrías murallas á este jardin de la Siria ; abierta por el otro al frente de un desierto sin horizonte, lleno de misterio, y en el fondo del cual, la imaginacion no se detiene hasta Babilonia ó Bagdad, Damasco, circundada de muros de mármol blanco y

negro, guarnecida de almenas, coronada de torres, lanzando como tulipanes de alabastro y de oro sus cúpulas y sus alminares dorados á un firmamento puro, oscurecia á Samarcanda, y ofrecia á los ojos de Timur la capital maravillosa que habia imaginado para la Tartaria. Damasco tenia además para él un carácter que unia la supersticion al prestigio. Era una ciudad sagrada ; era la mansion y el sepulcro de los califas omniadas, sucesores del profeta cuya fé profesaba él mismo , pretendiendo extenderla por toda la tierra. Largo rato permaneció en éxtasis, en súplica y adoracion ante aquel espectáculo de la ciudad santa. Al salir de aquella muda contemplacion , dió á su ejército las posiciones que le indicó su golpe de vista, ejercitado en tantos sitios y combates. No dudaba que capitularia pronto la ciudad.

## XXIII

Sin embargo, una traicion doméstica difirió algunos dias su victoria. Un jóven insensato, Mirza Hussein, sobrino suyo, seducido por no se sabe qué ambicion quimérica, ó impelido á la ingratitud por des-

contento, abandonó su campamento por la noche, se presentó á las puertas de Damasco, como un tráfuga que venia á pelear con los árabes en contra de los tártaros, y fué recibido en la ciudad como un libertador. Paseáronlo con pompa regia por las calles de Damasco. El pueblo creyó poseer un rival del Señor del mundo. La ilusion no tardó en desvanecerse. Los rios secos por la extravasacion de las aguas, las murallas minadas por excavaciones subterráneas, sostenidas por un momento con pilares de madera incendiadas luego, bajo los cimientos, dejaron como en Siwas anecho paso á los tártaros, Hussein, entregado á su tio por el pueblo para ablandarlo, fué tratado por Timur mas bien como un insensato que como parricida. El kan se limitó á hacerle infligir en su presencia el suplicio infamante de la bastonada en las plantas de los piés, mandándolo en seguida libre á su madre, hermana de Timur.

Un millon de ducados de oro rescataron la vida del pueblo. El gobernador y la guarnicion de la fortaleza fueron condenados á muerte por haber retardado algunas horas el triunfo del conquistador. Los literatos, los religiosos, los artistas, los obreros que mejor fabricaban las armas, fueron enviados en masa á Samarcanda, para civilizar en la Tartaria el mismo Oriente que desolaba en la Mesopotamia.

Pero aquí como en Alepo, la política del fundador de Samarcanda fué eludida por la ferocidad de sus soldados. El ejército que Timur conservaba fuera de los muros, con diversos pretextos penetró un dia en la ciudad contra su voluntad, fingiendo que iba á vengar la causa del kalifa Ali contra Omar, pasó á cuchillo á casi todos sus habitantes é incendió la capital herética á la vista del kan.

« Las casas y los palacios de Damasco eran entón-  
 « ces, dicen los testigos de aquella terrible destruc-  
 « cion, de tierra, piedra y mármol hasta el piso  
 « primero; la parte superior de preciosas maderas  
 « esculpidas. Ardieron estas como una hoguera pre-  
 « parada por los siglos; un fuego de siete leguas de  
 « circunferencia flotó durante siete dias y siete no-  
 « ches, como un mar ondulando sus llamas de todos  
 « colores al soplo de los vientos por la circunvecina  
 « llanura. El ciprés, el enebro, el zumaque, el cedro,  
 « maderas ó barnices que decoraban aquellos pala-  
 « cios, esparcieron con su humo por la atmósfera  
 « un perfume que se respiró hasta en Palmira y en  
 « Jerusalem. Aquel era el incienso del sacrificio de  
 « sangre y de fuego consagrado á la barbarie. »

## XXIV

Timur lo contempló con tristeza y no se atrevió á castigar la supersticion de su ejército; pero quiso al ménos salvar la gran mezquita de los kalifas omniadas, templo que fué ántes cristiano, y que, como la Santa Sofia de Constantinopla, fué trasformado en templo del islam. Acudió allí para apagar el fuego, pero ya era tarde. El ardor del incendio habia derretido el plomo que cubria la cúpula. Torrentes de este metal liquidado caian sobre las paredes é impedian á los soldados acercarse. La cúpula se hundió, y aquella obra maestra de la arquitectura árabe desapareció para siempre del horizonte del desierto. Solo quedó en pié un alminar, separado de la mezquita, cuya flecha existe todavía. En la cima de este alminar suponen las tradiciones árabes de los musulmanes que aparecerá Jesucristo al fin de los siglos, cuando venga á separar los justos de los impíos en el valle de Josafat.

## XXV

Después de este desastre, expiacion de su victoria, Timur dejó descansar á sus tropas segun su costumbre, en la llanura de Damasco, llamada *uno de los cuatro paraísos* del globo. La llanura de Damasco, sombreada con huertas, refrescada por aguas corrientes, el valle de Bevivan en Persia, el valle del Eufrates, debajo de Bagdad, y en fin la llanura de Samarcanda eran á los ojos de los tártaros los cuatro paraísos prometidos á su nacion. Se complacian en atravesarlos y en pararse en ellos alternativamente.

Durante este alto de su ejército en la llanura siria, cruzó él el desierto de cuarenta dias con un cuerpo escogido, y corrió á sitiar á Bagdad, tercera vez rebelada. Su venganza fué esta vez implacable. Los cien mil tártaros que lo habian seguido al sitio de Bagdad recibieron orden de presentarle cada uno una cabeza de un rebelde. Todo pereció en Bagdad, desde la edad de ocho años hasta la de ochenta; pero tambien allí salvó á los literatos, á los artistas, á los obreros, á los sacerdotes, á los poetas, á los his-

toriadores, á los sabios, todo lo que revela la inteligencia de la raza humana.

Para que visitaran con él los sepulcros de los kalifas, mandó venir de Samarcanda á Bagdad á su sultana favorita, la emperatriz Tumanaga, á su hija querida Beghsyaga, y á su prima Sadekina. Estas mujeres, preferidas por Timur, le trajeron de Samarcanda, ropajes bordados con perlas, y derramaron sobre su cabeza, como polvo, diamantes de la India que él mismo les habia regalado al volver de Golconda.

## XXVI

Desde allí, reuniendo todos los cuerpos de su ejército mandados por sus hijos, sus nietos, sus principales kans, volvió á emprender su marcha interrumpida hácia la península formada por el Mediterráneo y el mar Negro, y acampó, no léjos de las ruinas de Siwas en el límite del Imperio Otomano. Algunas cartas, cambiadas inútilmente entre Bajazet-Ilderim y Timur, en vez de evitar la guerra inminente, la agriaron y envenenaron. Timur sentia atacar en los

turcos de su propia sangre á los campeones del profeta, que peleaban como él por el triunfo del islamismo. Esta guerra le parecia una especie de guerra civil tan impolítica en sus resultados como impía en su victoria. Es imposible desconocer que la negociacion, que precedió á la lucha, fué moderada, sufrida, conciliadora por parte de Timur, violenta, absoluta é imperiosa por parte de Bajazet. Para honrar á los últimos embajadores de Bajazet, y tal vez para darles una idea imponente de su fuerza, ordenó en su presencia una gran cacería tártara en las dos orillas del Araxes, rio limítrofe que no habia pasado todavía. Llanos, montes, provincias enteras fueron rodeadas en esta cacería por un cordon de soldados de diez en fondo. Estas tropas, estrechándose, trajeron á los piés del kan y de los embajadores multitud de animales feroces y reses de toda clase que caian heridas por las flechas de los emires. Los enviados de Bajazet partieron colmados de presentes. Timur dejaba lugar á la reflexion de Bajazet hasta la primavera. Solo le pedia la restitution de una fortaleza y el restablecimiento en sus tronos de los emires de Carmania y de Kermian, expulsados por sus tenientes.

Los príncipes, hijos ó nietos de Timur se incorporaron con él sucesivamente en las márgenes del Araxes. Mohammed Mirza, el mas jóven y el mas

querido de sus nietos fué acogido por su abuelo como favorito de su casa y heredero del imperio. Timur, despues de haberlo abrazado vertiendo lágrimas de alegría, le puso una corona de oro en la cabeza. Le hizo el presente real de los tártaros, nueve filas de caballos de guerra, cada una de nueve caballos árabes, turcomanos ó persas. Cada fila se componia de caballos de diferente color, desde el negro hasta el blanco. Todos ellos tenian silla, bridas y penachos de oro y perlas. El invierno de 1401 á 1402 trascurrió así en fiestas militares. Un cometa que apareció en el cielo como el rayo de la guerra, vibrando sus reflejos de sangre y fuego, aterró al principio de la primavera á los pueblos situados entre la India y Bizancio.

Una carta insolente de Bajazet, respuesta á las de Timur, confirmó los siniestros presagios de la guerra. Bajazet intimaba al tártaro que evacuara sus fronteras, y añadía á la intimacion el peor de los insultos entre los musulmanes; decia á Timur que se privaria de su haren y se creeria indigno de acercarse á una mujer mientras no hubiera castigado la invasion de sus Estados. Al final de esta carta, Bajazet ponía su nombre con letras mayúsculas de oro encima del de Timur, escrito en letras pequeñas, como el nombre de un vasallo despreciable.

A la vista de aquel insulto y de aquellas amenazas tan indecentes en los términos como desdeñosas en el fondo, puesto que el uso oriental entre hombres que se respetan es no hablar nunca de sus mujeres; « ¡ decididamente el hijo de Murad está loco ! » exclamó Timur. Al dia siguiente revistó sus tropas y felicitó á su nieto Mohammed-Mirza por la feliz ocurrencia que habia tenido de dar un uniforme de distinto color á cada una de las tribus que componian su ejército. Esta es la primera vez, dice el historiador Chereffedin, citado por Hammer, que se vieron uniformes en Asia. La caballería de Mohammed-Mirza tenia estandartes, caftanes, mantillas, corazas, sillas, aljabas, escudos y mazas de armas pintadas de encarnado. La infantería usaba los colores blanco y rojo; las corazas, primeras que se vieron brillar con sus escamas de acero en regimientos enteros, distinguian á los escuadrones invulnerables.

Un dia de estío fué escasamente suficiente para que el ejército desfilase por delante del kan. Apeóse del caballo al ponerse el sol, y arrodillándose en tierra oró á la par con sus soldados. Al levantarse ofreció por última vez la paz á los embajadores de Bajazet.

« Decid á vuestro amo, les repitió con voz que sua-

« vizaba la reflexion, que aun puede, aceptando mis  
 « condiciones justas y moderadas, impedir esta con-  
 « tienda fatal á los servidores del Dios único, y el  
 « derramamiento de torrentes de sangre que van á  
 « inundar el Asia. »

Bajazet no escuchó ni las proposiciones pacíficas de Timur ni los consejos de sus visires y de sus generales. A pesar de la desercion de los tártaros de su guardia, seducidos por los emisarios de Timur, y de una revuelta de los genizaros pidiendo su paga, síntomas claros de la opinion y el estado de su ejército, Bajazet perseveró en su propósito.

« Pagad al ménos á las tropas, le dijeron sus con-  
 « sejeros; ¿de qué os servirán esos tesoros acumula-  
 « dos en vuestros palacios de Brusa, si no sirven  
 « para salvar esos mismos palacios? La miel que se  
 « come por la noche está manchada con la cera y los  
 « cadáveres de las abejas; lo mismo sucede con los  
 « tesoros guardados en los cofres; cuando llegan las  
 « horas de las tinieblas y de la confusion, ya no hay  
 « lugar para servirse de ellos. »

Dominado Bajazet por el orgullo y los deleites sensuales, se negó á emplear en su salvacion las riquezas conservadas para sus placeres; continuó su marcha, engañándose á sí mismo hácia Tokat, ciudad turca á mitad de camino entre Siwas y Brusa,

como para afrontar á Timur. La costumbre que tenia de vencer peleando contra las tropas aguerridas de la Europa, le hacia despreciar á aquellos tártaros, que no eran á sus ojos mas que un diluvio de hombres incapaces de medir sus armas con los otomanos.

## XXVII

Timur, informado dia por dia de su marcha y del número de sus soldados, puso en movimiento su ejército, y atravesando los extensos bosques que separan á Siwas de Angora (Ancyra), escogió al rededor de esta ciudad central de la Capadocia y en la cuenca formada por las montañas, el campo de batalla en donde iba á decidirse si el imperio habia de pertenecer á los otomanos y turcos orientales ó á los tártaros. Segun lo observa el historiador bizantino Ducas, era el mismo campo de batalla en donde Pompeyo habia batido en otro tiempo á Mitridates, el último rey rebelde á la ambicion romana, al pié del monte de Stella. Parece que el instinto de la guerra conduce de siglo en siglo los ejércitos de los imperios que se suceden á los mismos teatros de guerra para dispu-

tarse la fortuna, y que la geografía ha designado de antemano ciertos campos de batalla como palenques cerrados para esos grandes sacrificios de la humanidad.

Para provocar á Bajazet y traerlo al punto escogido por él como estratégico, Timur fingió que ponía sitio á la rica y populosa ciudad de Angora, que Bajazet tenia por fuerza que socorrer. Hizo minar las fortificaciones y cortar las aguas del riachuelo de Angora que servia de foso á los vergeles. Bajazet, que acampaba á corta distancia entre Tokat y Angora cayó en el lazo y acudió al socorro de su capital. Esperaba coger al enemigo entre dos fuegos, con el ejército de Yacub-Bajá, gobernador de Angora y con el que él mandaba; pero al desembocar con los otomanos en la llanura al otro lado de Angora, encontró las tropas de Timur formadas en batalla, á tres leguas de las murallas, á la márgen opuesta del rio, que tenia que pasar expuesto á sus tiros ántes de poder atacarlo en sus posiciones.

## XXVIII

Los dos guerreros se contemplaron un momento como quien espía un movimiento falso del adversario. Pero Timur, provisto de rebaños, de yerbas, de granos, y fuerte en la situación culminante que ocupaba, al borde de un rio suficiente para abrevar su caballería, no dió un paso ni hizo un gesto en su presencia. Este, sin duda para llevar al kan de los tártaros á un terreno ménos ventajoso, fingió alejarse de Angora con cierto desprecio, como si tales hordas fuesen indignas de su atención, y marchando sobre su izquierda, mandó á su ejército que diera una gran batida de caza para proveerse de víveres.

Era á principios de julio; el calor, concentrado en las gargantas de Angora, agostaba la yerba; cinco mil caballos y muchos ginetes perecieron de sed, de fatiga y de calor en la meseta sin sombra, adonde los llevó imprevistamente este fastuoso ejercicio. La carcería duró tres dias de verano fuera de la vista del ejército tártaro. Timur creía que su enemigo, aterrado á su aspecto, buscaba un rodeo para replegarse

por otros valles á Tokat. Se equivocaba : Bajazet sentia unicamente un vértigo. Sus tropas, aunque perdidas sus fuerzas, conservaban su valor, y volvieron á presentarse al tercer dia en la llanura de Angora; pero Timur se habia aprovechado de su ausencia para fortificar las avenidas del rio y agotar los manantiales que podian surtir de agua al ejército de Bajazet. De este modo no dejaba otra alternativa á los otomanos que la de optar entre una retirada deshonrosa ó una batalla ofrecida desde posiciones ventajosas y en un campo atrincherado.

## XXIX

Nunca, desde Gengis-Kan y Alejandro, habia alumbrado el cielo del Asia tan numerosa multitud. Aunque Timur no hubiese llevado al combate mas que los cuerpos preferentes, quinientos mil guerreros de á pié y á caballo cubrian las colinas que se alzaban en anfiteatro á espaldas del rio al Norte de Angora. Bajazet, que habia llamado á todos sus tributarios ó todos sus aliados, turcos, búlgaros, albaneses, húngaros, servios, desde el golfo mediterraneo de Satalia

hasta la márgen del Danubio y los montes del Epiro, mandaba un número casi igual de soldados. Los historiadores árabes, griegos y otomanos están conformes en evaluar en mas de un millon de hombres los dos ejércitos que se preparaban á batirse en aquel palenque cerrado. La disposicion natural del terreno aumentaba la majestad trágica del espectáculo. La llanura, los collados y las montañas ásperas de Angora formaban un circo digno de aquellos dos gladiadores del Asia.

## XXX

Timur, seguido á todas partes, segun las costumbres patriarcales de los pueblos pastores, por todos los miembros de su familia, que tenian la edad necesaria para llevar las armas, habia dividido sus fuerzas en nueve cuerpos, número sagrado entre los tártaros, cuatro hijos y cinco nietos suyos mandaban estas nueve divisiones. Él mismo, el mas viejo y mas experimentado de los guerreros de su raza, habia guardado para sí el mando superior de estos cuerpos, subordinados en la accion á un solo pensa-



miento. Miran schah, su hijo primogénito, mandaba bajo su direccion todos los cuerpos que iban á pelear á su derecha; Abubekre, hijo de Miran schah, servia de teniente principal á su padre. La adhesion filial se pintaba en esta gerarquía de dominio familiar con la obediencia del subordinado á su general. Schah Rokh y Khabil, el segundo y el tercer hijo de Timur, mandaban la izquierda del kan. Mirza-Mohammed, el favorito de Timur, hijo de su primogénito Djehanghir, cuya muerte habia afligido tanto al kan, tenia á sus órdenes, á pesar de su extrema juventud, el centro de los tártaros, á la vista y bajo mano de Timur. Este príncipe, que queria á su nieto con la ternura con que habia amado á Djehanghir, deseaba que la gloria principal de la batalla ilustrase precozmente al adolescente, destinado por él para heredar la mejor parte del imperio.

Cuarenta emires ó generales de todos los principados considerables de la Persia y de la Tartaria estaban colocados en sus puestos á la disposicion de los jóvenes príncipes, establecidos entre las márgenes del rio y el mogote elevado, desde el que Timur contemplaba á caballo la formacion de sus tropas. Cuarenta divisiones de la mejor caballeria estaban de reserva á sus espaldas, dispuestas á cargar ó lanzarse en seguimiento del kan para reponer una pér-

dida ó completar la victoria. Cincuenta elefantes cargados con torres formaban otras tantas ciudadelas movibles á la vanguardia del ejército de Timur.

## XXXI

Segun el uso de los turcos, tribus pastoriles como los tártaros, Bajazet tenia por principales tenientes á sus propios hijos. Soliman-Schah, su primogénito, gobernador de la Capadocia, mandaba á la derecha el ejército de Asia. Lázaro, el rey de los servios, cuya hermana era esposa de Bajazet, mandaba á la izquierda las tropas de Europa. Bajazet habia reservado para sí el centro y los mejores soldados de ambos ejércitos. Tres hijos suyos, Isa, Musa y Mustafá, cuyas desgracias prematuras vamos á presenciar, servian de segundos al sultan. Una imponente reserva, á las órdenes de su hijo segundo Mohammed se hallaba situada á cierta distancia, medio oculta por un cabo de montañas que limitaban la llanura á retaguardia de los turcos.

## XXXII

Alumbraron los primeros albores de la mañana sobre las cimas de Ancira ó Angora aquellos dos ejércitos, formados ya en batalla, pero todavía inmóviles. En el momento en que el sol disipó enteramente la sombra al pié de las colinas, las tropas de Bajazet se pusieron en movimiento para acercarse al río, al redoble de los tambores y al grito de *Alá*, que resonó de roca en roca. Al ruido y al ver el polvo, los tártaros dieron el grito de guerra de *Surun! Adelante!* Timur detuvo con un gesto aquel arranque, y apeándose, oró despacio en presencia de su ejército, como si la confianza en la victoria le hubiera apagado la sed del combate; luego, volviendo á montar á caballo, dió orden de rodear á los servios, que acercándose demasiado á los tártaros, dejaban bastante espacio entre ellos y las montañas en que se apoyaban. Miran schah y Abubekre, su hijo y su nieto, ejecutaron este movimiento con prontitud; pero su impetuosidad se estrelló contra la intrépida inmovilidad de una reserva de montañeses servios que rechazaron aquella carga de caballería.

Al ver aquello, el jóven Mohammed-Schah se puso de rodillas delante del caballo de su abuelo, y le pidió permiso para acudir con el centro á socorrer á sus tios. Timur permaneció silencioso hasta el momento en que vió el ejército de Asia de Bajazet, que sobresalía de la línea de los otomanos para envolver temerariamente sus propias colinas. Cayendo entonces con las masas compactas de su reserva, y haciéndose seguir al galope por sus cuarenta divisiones, dividió los ejércitos de Asia y de Europa, arrojando el uno á las colinas de su derecha, el otro á los pantanos de su izquierda, pasando á cuchillo á millares de otomanos, situados en el centro, y obligando al mismo Bajazet, impelido por el reflujo de sus escuadrones, á huir con diez mil genizaros á un mogote destacado de las montañas, cuya rápida pendiente contenía el ímpetu de los ginetes tártaros.

## XXXIII

Paralizado y deshecho por este rompimiento de la línea de batalla, y sin comunicacion ya con el envuelto centro de Bajazet y con el ejército de Europa y

de Esteban Lázaro, el de Asia, compuesto de carmanios y de kermienses descontentos, y de cuerpos turcomanos que consideraban á los tártaros como á hermanos, dejó de pelear, saludó con una aclamacion á sus antiguos príncipes, reconocidos por ellos en el ejército de Timur, y casi todo él se pasó al enemigo en medio del combate.

Libres los tártaros por aquella parte, vencedores en el centro, y únicamente rechazados en la izquierda por el ejército de Europa, acumularon innumerables batallones contra los servios. Su caudillo Lázaro no se intimidó ni por el número ni por la situacion desesperada en que se veían sus compatriotas por la traicion del ejército de Asia y la retirada de Bajazet. Formando con los servios una columna cerrada que los tártaros no pudieron romper, atravesó oblicuamente por entre aquella multitud la llanura de Angora, en la que habia penetrado demasiado por la mañana, llegó al pié de las colinas, cuyas cimas podian ofrecer á los servios su salvacion ó la libertad con la fuga. « Esos miserables paisanos son leones! » exclamó Timur admirando tanto denuedo. La seguridad de la victoria dejaba libre su ánimo para que pudiera conocer el heroismo de los vencidos.

## XXXIV

Entretanto, Lázaro, despues de haber salvado todo lo que pudo del ejército de Europa, solo pensó en morir con gloria ó en salvar tambien á Bajazet; su cuñado y su amigo. Cruzando en un caballo ensangrentado y bajo una nube de flechas el intervalo que lo separaba del sultan y de los genízaros: « Aun es tiempo, dijo á Bajazet, abandonemos un campo terrible en donde solo se puede economizar la pérdida de pocos valientes, y salvemos el imperio librando de la muerte á su jefe y sus hijos. »

Fuese orgullo, desaliento ú fatalismo, Bajazet rechazó como vergonzosa la retirada que aconsejaba su cuñado. Oyendo esto Lázaro, y queriendo por lo ménos poner en salvo á sus sobrinos, se llevó del campo de batalla al hijo mayor de Bajazet, el jóven Soliman, que habia sacado de entre los enemigos teñido de sangre, á Hassan, aga de los genízaros y al valiente gran visir Alí-Baja. Internándose Lázaro con ellos con caballos de refresco en los desfiladeros que conducen desde Angora al mar, arrebató esta presa á Timur.

Los emires de Amasia, auxiliares de Bajazet, cubrieron igualmente á Mohammed y se lo llevaron al galope por los senderos casi inaccesibles de las montañas de la Anatolia.

Contento Bajazet con haber siquiera salvado la vida de sus dos hijos, continuó peleando por la gloria ó por la muerte hasta la mitad del día detrás de un parapeto que formaban con sus cuerpos diez mil genizaros tendidos en tierra. Nunca se ha visto una fidelidad mas desesperada y mas inalterable. El alma del héroe resucitó en Bajazet, y se comunicó en medio de su desastre á todos aquellos jóvenes soldados. Ellos sabian que su nacimiento entre cristianos y su nombre de renegados no les permitian mas que escoger entre morir en la pelea ó en el suplicio. La retirada de los diez mil despues de la muerte de Ciro, no igualó al suicidio glorioso de los diez mil genizaros al rededor del sultan. Cuando las sombras de la tarde comenzaron á oscurecer los flancos escarpados de la montaña, en que Bajazet ocupaba un promontorio avanzado sobre la llanura, le presentaron su caballo, escondido en la espesura desde por la mañana, montó en él y huyó seguido de algunos ginetes por los senderos arbolados del monte Stella. Cuatro hijos suyos habian desaparecido. Mohammed corria hácia Amasia, Isa hácia la Caramania, Soliman con Lázaró hácia

Europa, Mustafá que no se volvió á ver dejó á su padre en la triste duda de haber caido como tantos valientes en el campo de batalla, ó de ser esclavo de algun soldado tártaro en los arenales de Bokhara. Los que acompañaban al sultan en su fuga nocturna eran : su hijo menor Muza, Ali Beg, Mustafá Beg, jefe de los eunucos del serrallo, y el beglerbeg Timurtasch, el mas famoso y el mas opulento de todos sus generales, gobernador antiguo de los reinos de Anatolia, que atravesaban entónces para salvar á su señor.

## XXXV

La caballería de Timur perseguia de cerca á Bajazet, ansiosa de presentar al khan tan interesante presa. La aurora iba á despuntar, y Bajazet que oia en pos de sí el galope de los caballos tártaros, estaba á punto de salvarse atravesando á nado un rápido torrente, cuando una herradura de su caballo, gastada en la carrera, se partió por mitad y su bridon vino con él al suelo. Nadie quiso ponerse en salvo sin su señor; miéntras uno de los begs ofrecia su caballo al sultan, un emir tártaro, descendiente de

Gengis, y khan del Djaghatai, Mahamud alcanzó con sus ligeros soldados el grupo de los otomanos y los destrozó. Bajazet, su hijo Musa, Timurtasch, el visir, los begs, y los eunucos caen prisioneros, y son llevados al día siguiente al campamento de los tártaros y á la entrada de la tienda de Timur.

Rodeado este por su ejército victorioso y ya sin enemigos que combatir, gozaba en aquel momento á la sombra de la tienda de un placer agradable á los tártaros como á los otomanos, jugaba al ajedrez con su hijo Schah Rokh, esperanza y fuerza de su estirpe, poseía ya el imperio del Kurdistan. Acababa, dicen los cronistas, de mover el rey contra la torre, es decir el trono contra la prision, cuando acudieron á anunciarle la captura del sultan que iban á presentar cautivo en su presencia.

El ingenioso refinamiento de la imaginacion de los persas, que busca interpretaciones en las consonancias y en la doble significacion de las palabras, halló una singular analogía de circunstancias en este golpe de Timur en el ajedrez y la suerte de Bajazet en el campo de batalla: de ahí, dicen, provino el sobrenombre puesto al hijo de Timur, que jugaba con su padre, de *Schah-Rokh*, que significa en persa rey y torre. Bajazet, cubierto de polvo y de sangre fué presentado en aquel instante á Timur.

## XXXVI

El vencedor no aparentó orgullo ni insolencia por su triunfo delante del vencido. Su alta filosofía, ejercitada en la escuela de muchos historiadores, de muchas vicisitudes militares, recordó las máximas de los sabios y respetó el dedo de Dios hasta en el enemigo que acababa de vencer. Se acordó especialmente de que Bajazet peleaba por la misma fé y por la misma raza que él, y casi le pidió perdon de su victoria. Mandó al punto que soltaran sus ligaduras, le rogó que se sentara en el umbral de la tienda al par con él mismo, le habló con voz dulce y consoladora de su derrota, honrosa por su valor, y del sentimiento que le causaba verse obligado á vencer á un co-religionario y un emperador como él, cuya amistad le hubiera sido preferible á su ruina. Le prometió bajo juramento que no peligraría su vida en su breve cautiverio. Ordenó que plantaran para el sultan, mas bien su huésped que su prisionero, tres tiendas imperiales junto á las del khan, en las que